

ALGUNAS POESÍAS DEL ROMANTICISMO

Francisco Martínez de la Rosa

(Granada, 1787 - Madrid, 1862)

LA SOLEDAD

Único asilo en mis eternos males,
Augusta soledad, aquí en tu seno,
Lejos del hombre y su impertinente vista,
Déjame libre suspirar al menos:
Aquí, a la sombra de tu horror sublime,
Daré al aire mis lúgubres lamentos,
Sin que mi duelo y mi penar insulten
Con sacrílega risa los perversos,
Ni la falsa piedad tienda su mano,
Mi llanto enjugue y me traspase el pecho.
Todo convida a meditar: la noche
El mundo envuelve en tenebroso velo;
Y aumentando el pavor, quiebran las nubes
De la luna los pálidos reflejos:
El informe peñasco, el mar profundo
Hirviendo en torno con medroso estruendo,
El viento que bramando sordamente
Turba apenas el lúgubre silencio,
Todo inspira terror, y todo adula
Mi triste afán y mi dolor acerbo.
La horrible majestad que me rodea
Lentamente descarga el grave peso
Que mi pecho oprimió: por vez primera
Se mezclan mis sollozos a mis ecos,
Y apiadado el destino da a mis ojos
De una mísera lágrima el consuelo...
¡Llanto feliz! Cual bienhechor rocío
Templa la sed del abrasado suelo,
Calma la angustia, la mortal congoja
Con que batalla mi cansado esfuerzo;

Y en plácida tristeza absorta el alma,
No envidiaré la dicha ni el contento.
Solo en el mundo, de ilusiones libre,
De vil temor y de esperanza ajeno,
Encontraré la paz que vanamente
me ofreció con su magia el universo.
¿Qué importa que a mi planta mal segura
Aún falte tierra en que estampar su sello,
Y al carcomido escollo amenazando,
Me estreche el mar en angustioso cerco?
¿No me basto a mí mismo? ¿No me es dado
Alzar mis ojos sin pavor al cielo,
Sentir mi corazón que quieto late,
Y el mundo contemplar con menosprecio?
Yo vi en la aurora de mi edad florida
Sus encantos brindarse a mis deseos:
Gloria, riquezas, cuantos falsos bienes
Anhela el hombre en su delirio ciego,
En torno me cercaron: oficiosa
La amistad redoblaba mi contento;
La pérfida ambición me sonreía;
Me brindaba el amor su dulce seno...
Temí, temblé, me apercibí al combate,
Demandé a mi razón su flaco esfuerzo;
Y apenas pude en afanosa lucha
Rechazar tanto hechizo lisonjero.
¡Qué fuera, o Dios, si al rápido torrente
Yo propio me arrojara! En presto vuelo
Pasaron cinco lustros de mi vida,
Y el cuadro encantador huyó con ellos;
Huyó, volví la vista, lancé un grito...
Y en vez de flores encontré un desierto.

Ángel Saavedra, Duque de Rivas
(Córdoba, 1791 - Madrid, 1865)

EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO

Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas a hundirme de las ansias mías?...
¡Ay!... Los fugaces cuadros que mi mente
Ha un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fue ilusión?... vuelve halagüeño,
vuelve, oh consolador, oh dulce sueño,

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror,

Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracán bramador.

Encantadas riberas de Betis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Ha un momento que en vos me encontré;

Y tranquila, ilustrando ese cielo
De zafiro, a la luna fulgente
Rielar en la riza¹ corriente
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y a su encanto obediente,
Y al oímos el plácido ambiente
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que a los dos nos cercaron
Escuchando la dulce canción!

¡Ah! Mis penas horribles cesaban,
¡Y en mi vida feliz y contento
Fui jamás, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusión.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
¡Y hora es mayor mi mal!

Son ilusión mis dichas,
Son realidad mis penas:
Así feroz lo ordenas,
¡Oh destino fatal!

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
donde nací;

Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

Y en vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;

Las nieblas horribidas
Del frío Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Londres, 1824

JOSÉ DE ESPRONCEDA
(Almendralejo, Badajoz, 1808-Madrid, 1842)

EL DIABLO MUNDO
CANTO II
CANTO A TERESA

¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?
¡Ay!, que de aquellas horas de alegría, 5
le quedó al corazón sólo un gemido
y el llanto que al dolor los ojos niegan,
¡lágrimas son de hiel que el alma anegan!
¿Dónde volaron, ¡ay!, aquellas horas 10
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve pura, 15
al sol de mi esperanza desplegado,
pasaban, ¡ay!, a mi alrededor cantando.
Gorjeaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía, 20
las fuentes murmuraban sus amores.
¡Ilusiones que llora el alma mía!,
¡oh!, ¡cuán suave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su ruido!

[...]

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto,
tanto inocente amor, tanta alegría,
tantas delicias, y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día, 165
en que perdido el celestial encanto,
y caída la venda de los ojos,
cuanto diera placer causara enojos?
Aún parece, Teresa, que te veo 170
aérea como dorada mariposa,
en sueño delicioso del deseo,
sobre tallo gentil temprana rosa,
del amor venturoso devaneo,
angélica, purísima y dichosa,

y oigo tu voz dulcísima, y respiro 175
tu aliento perfumado en tu suspiro.
Y aún miro aquellos ojos que robaron
a los cielos su azul, y las rosadas
tintas sobre la nieve, que envidiaron
las de mayo serenas alboradas; 180
y aquellas horas dulces que pasaron
tan breves, ¡ay!, como después lloradas,
horas de confianza y de delicias,
de abandono, de amor y de caricias.
Que así las horas rápidas pasaban, 185
y pasaba a la par nuestra ventura;
y nunca nuestras ansias las contaban,
tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura.
Las horas, ¡ay!, huyendo nos miraban,
llanto tal vez vertiendo de ternura, 190
que nuestro amor y juventud veían,
y temblaban las horas que vendrían.
Y llegaron en fin... ¡Oh!, ¿quién impío,
¡ay!, agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río, 195
manantial de purísima limpieza;
después torrente de color sombrío,
rompiendo entre peñascos y maleza,
y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
entre fétido fango detenidas.

AL SOL Himno

Para y óyeme ¡oh Sol! yo te saludo
Y estático ante ti me atrevo a hablarte;
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas a ti sus alas guía. 5
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol!, a ti llegara 10
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra
Diera también su ardor a mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría, 15
Y en tu semblante fúlgido atrevidos
Mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente, 20
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y extático te vía

Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente,
Que ciñe el rico en perlas Oceano, 25
Al término asombroso de Occidente
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.

[...]

Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo.
Y desde allí tu fúlgida carrera 40
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día 45
Con otros mil la eternidad sepulta.

A UNA ESTRELLA

¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Tímido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazón latir?
¿Es acaso tu luz recuerdo triste 5
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado como yo creíste
Eterna tu ventura que pasó?
Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició su pura juventud, 10
Y gloria y paz y amor y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.
Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Edén,
Luciste acaso, mágico lucero, 15
Protector del misterio y del placer.
Y era tu luz voluptuosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,
Inspiraba en el alma un ansia eterna
De amor perpetuo y de placer sin fin. 20
Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Sólo un recuerdo al corazón quedó.
Y ahora melancólico me miras 25
Y tu rayo es un dardo del pesar;
Si amor aún al corazón inspiras,
Es un amor sin esperanza ya. [...]

A JARIFA EN UNA ORGÍA

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Ven y púsala en mi frente,

Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios 5
Esos labios que me irritan,
Donde aún los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño? 10
Mentida ilusión de niño
Que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos; aturdida,
Sin sentir, huya la vida; 15
Paz me traiga el ataúd.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre, rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazón. 20
Huye, mujer; te detesto,
Siento tu mano en la mía,
Y tu mano siento fría,
Y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres, 25
Inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
¡O maldito sea el placer!
Vuestros besos son mentira,
Mentira vuestra ternura, 30
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay; 35
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía,
Fuego fatuo, falso guía
Que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma, 40
Y vive aún para el dolor impío?
¿Por qué, si yazgo en indolente calma,
Siento en lugar de paz árido hastío?

[...]

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
mas, ¡ay tristes!, que no ignoras 110
Cuán amarga es mi aflicción.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contienen...
Tú también, como yo tienes,
Desgarrado el corazón. 115

Gertrudis Gómez de Avellaneda

(Puerto Príncipe, Cuba, 1814 - Madrid, 1873)

A ÉL

No existe lazo ya: todo está roto:
plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto:
mi alma reposa al fin: nada desea.

Te amé, no te amo ya: piénsolo al menos:
inunca, si fuere error, la verdad mire!
Que tantos años de amarguras llenos
trague el olvido: el corazón respire.

Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo
una vez y otra vez pisaste insano...
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
para acusar tu proceder tirano.

De graves faltas vengador terrible,
dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?
No era tuyo el poder que irresistible
postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

Quísole Dios y fue: ¡gloria a su nombre!
Todo se terminó: recobro aliento:
¡Ángel de las venganzas! ya eres hombre...
Ni amor ni miedo al contemplarte siento

Cayó tu cetro, se embotó tu espada...
Mas ¡ay! ¡cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,
y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día
ves este *adiós* que te dirijo eterno,
sabe que aún tienes en el alma mía
generoso perdón, cariño tierno.

CUARTETOS

ESCRITOS EN UN CEMENTERIO

He aquí el asilo de la eterna calma,
do sólo el sauce desmayado crece...
¡Dejadme aquí: que fatigada el alma,
el aura de las tumbas apetece!

Los que aspiráis las flores de la vida,
llenas de aroma de placer y gloria,
no piséis el lugar do convertida
veréis su pompa en miserable escoria:

mas venid todos los que el ceño airado
del destino mirasteis en la cuna;
los que sentís el corazón llagado
y no esperáis consolación alguna.

¡Venid también, espíritus ardientes,
que en ese mundo os agitáis sin tino,
y cuya inmensa sed sus turbias fuentes
calmar no pueden con raudal mezquino!

Los que el cansancio conocisteis, antes
que paz os diesen y quietud los años...
¡Venid con nuestros sueños devorantes!
¡Venid con vuestros tristes desengaños!

No aquí las horas, rápidas o lentas,
cuenta el placer ni mide la esperanza:
¡quíébranse aquí las olas turbulentas
que el huracán de las pasiones lanza!

Aquí, si os turban sombras de la duda,
la severa vedad inmóvil vela:

aquí reina la paz eterna y muda,
si paz el alma fatigada anhela.

Los que aquí duermen en profundo sueño,
insomnes cual nosotros se agitaron...
Ya de la muerte en el letal beleño
sus abrasadas sienas refrescaron.

Amemos, pues, nuestra mansión futura,
única que tenemos duradera...
¡Que ilusión de la vida es la ventura,
mas la paz de la muerte es verdadera!

Salvador Bermúdez de Castro
(Jerez de la Frontera, Cádiz 1817 - Roma, 1883)

EL PEREGRINO

Era una noche de invierno,
Del invierno crudo y frío,
Oscura, sin una estrella,
Y de nieve y de ventisco¹:
Era más de media noche,
Y la puerta de un castillo
Resonaba al duro golpe
Del fuerte aldabón macizo:
Mucho aqueja al Castellano
La visita y el ruido,
Que allá estaba junto al fuego
Bebiendo con sus amigos.
«Soy un pobre» el que llamaba
Con voz apagada dijo,
«Soy un pobre extraviado
Que no conoce el camino.»
Y gritóle el Castellano:
«Vaya a otra parte el mendigo.»
—«Estoy solo y sin defensa,
Soy un pobre peregrino,
Y vengo de Tierra Santa²
Muy cansado y busco asilo.»
—«Busque albergue en otra parte
Que no se da en este sitio.»
—«Yo pagaré en oraciones
Por el Señor compasivo,
Daré del santo sepulcro
Un relicario bendito.»
—«Pase, le digo, adelante.»
Gritó el Castellano altivo.
—«¡Señor, por piedad!» de nuevo
Dijo el pobre peregrino,
«Soy ya muy viejo, sin fuerzas,
Desnudo y muero de frío»:
Mas nada de esto apiadara
Al dueño de aquel Castillo,
Que tenía el corazón
Cual mármol endurecido.
Antes bien se puso en pie
Y gritóle enfurecido:
—«Parta el pobre en hora mala,
No me canse con sus gritos,
No despierte mis sabuesos
Ni mis halcones dormidos.»
Y tornó de nuevo al fuego
Y a beber con sus amigos.

—«A Dios, Señor» le responde
El pobre con un suspiro,
«Si llamáis a puerta ajena
Dios os dé mejor destino.»
Larga y negra fue la noche
De vendaval y granizo:
Muy mucho sonaba el aire
Con triste horrendo silbido.
Poco durmió el Castellano,
Porque su sueño indeciso
Fue turbado muchas veces
Por la memoria de un grito.
Por aquel ¡ay! doloroso
Que lanzara el despedido.
Desde entonces cada noche
Ha vuelto a escuchar lo mismo:
Que a la mañana siguiente,
Cuando de perros seguido,
Con el azor sobre el puño,
Sobre un caballo de brío,
Buscaba tímida garza
Por las orillas del río,
Olvidado del día antes
Y en la caza divertido:
Halló sobre el duro suelo,
En nieve casi sumido,
Amorato y sin vida
Al infeliz peregrino.

José Zorrilla
(Valladolid, 1817 - Madrid, 1893)

ORIENTAL

Dueña de la negra toca,
la del morado monjil¹,
por un beso de tu boca
diera a Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
del Zenete² más bizarro
y con su fresco verdor
toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros
y, si fueran en sus manos,
con las zambras de los moros
el valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales
y armaduras, y pebetes³,
y diera..., ¡que tanto vales!,
hasta cuarenta jinetes.

Porque tus ojos son bellos,
porque la luz de la aurora
sube al oriente desde ellos,
y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí⁴
partido por gala en dos...
Le arrancaron para ti
de la corona de un Dios.

De tus labios, la sonrisa,
la paz, de tu lengua mana...
leve, aérea como brisa
de purpurina mañana.

¡Oh qué hermosa nazarena⁵
para un harén oriental,
suelta la negra melena
sobre el cuello de cristal,
en lecho de terciopelo,
entre una nube de aroma,
y envuelta en el blanco velo

de las hijas de Mahoma!

Ven a Córdoba, cristiana,
sultana serás allí,
y el sultán será, ¡oh sultana!,
un esclavo para ti.

Te dará tanta riqueza,
tanta gala tunecina,
que has de juzgar tu belleza
para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
por un beso de tu boca
diera un reino Boabdil;
y yo, por ello, cristiana,
te diera de buena gana
mil cielos, si fueran mil,

Carolina Coronado

(Almendralejo, Badajoz, 1820 - Lisboa, 1911)

LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD EN CUBA

Si libres hizo ya de su mancilla
el águila inmortal los africanos,
¿por qué han de ser esclavos los hermanos,
que vecinos tenéis en esa Antilla?

Qué derecho tendrás, noble Castilla,
para dejar cadenas en sus manos,
cuando rompes los cetros soberanos
al son de libertad que te acaudilla?

No, no es así: al mundo no se engaña.
Sonó la libertad, ¡bendita sea!
Pero después de la triunfal pelea,

no puede haber esclavos en España.
¡O borras el baldón que horror inspira,
o esa tu libertad, pueblo, es mentira!

EL MARIDO VERDUGO

¿Teméis de esa que puebla las montañas
turba de brutos fiero el desenfreno?...
¡Más feroces dañinas alimañas
la madre sociedad nutre en su seno!

Bullen, de humanas formas revestidos,
torpes vivientes entre humanos seres
que ceban el placer de sus sentidos
en el llanto infeliz de las mujeres.

No allá a las lides de su patria fueron
a exhalar de su ardor la inmensa llama;
nunca enemiga lanza acometieron,
que otra es la lid que su valor inflama.

Nunca el verdugo de inocente esposa
con noble lauro coronó su frente:
¡ella os dirá temblando y congojosa
las gloriosas hazañas del valiente!

Ella os dirá que a veces siente el cuello
por sus manos de bronce atarazado,
y a veces el finísimo cabello
por las garras del héroe arrebatado.

Que a veces sobre el seno transparente
cárdenas huellas de sus dedos halla;
que a veces brotan de su blanca frente
sangre las venas que su esposo estalla.

¡Y que ¡ay! del tierno corazón llagado
más sangre, más dolor la herida brota
que el delicado seno macerado,
y que la vena de sus sienas rota!...

Así hermosura y juventud al lado
pierde de su verdugo; así envejece;
así lirio suave y delicado
junto al áspero cardo arraiga y crece.

Y así en humanas formas escondidos,
cual bajo el agua del arroyo el cieno,
torpes vivientes al amor uncidos
la madre sociedad nutre en su seno.